



Ordenación Presbiteral del Diácono Yamil Alexis Velázquez Fonseca

La Pascua de este año 2005 ha estado impregnada de grandes acontecimientos eclesiales. La Iglesia de la tierra ha entregado a la Iglesia del cielo, como fruto maduro, a nuestro Pastor Universal Juan Pablo II, quien se ha ido a morar a la Casa del Padre.

Hace apenas tres días el Buen Dios nos regalaba un nuevo Pastor, en la persona de Benedicto XVI. Pedimos para él la sabiduría y la fuerza del Espíritu Santo para guiar a la Iglesia en esta nueva etapa.

Hoy nuestra Iglesia Diocesana, como fruto de esta Pascua, se enriquece con el nacimiento de un nuevo presbítero en la persona del Diácono Yamil Alexis.

“El Señor, ha estado grande con nosotros y estamos alegres”. S.125. 3

Guiados por la palabra de Dios que hemos escuchado, reflexionemos brevemente sobre estos acontecimientos que nos hacen hoy exultar de alegría.

¿Qué implica el que nosotros hayamos vivido la elección de un nuevo Papa?

La Iglesia que peregrina en este nuevo milenio, compuesta de hombres y de mujeres de fe, nos hemos abierto a la acción del Espíritu Santo. A través del voto de nuestros hermanos Cardenales, hemos elegimos al sucesor de Pedro, aquél que tiene como misión específica confirmarnos en la fe y ayudarnos a vivir la comunión profunda en el amor. Nosotros y nosotras creemos que, a través de la sucesión apostólica, Cristo Resucitado continúa presente en medio de su pueblo y como Buen Pastor lo guía y lo acompaña.

Es en este sentido de sucesión apostólica donde podemos comprender el ministerio que nuestro hermano Diácono Yamil va a recibir. En breves momentos, por la imposición de manos del obispo y de los presbíteros como signo de fraternidad, será consagrado sacerdote de Jesucristo. Esto para pastorear el pueblo que el Señor, por medio de la Iglesia, le encomendara. De hoy en adelante Yamil será en medio de nosotros icono de Jesucristo, Buen Pastor, *“que no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos”. Mt. 20.28*

Configurado con Jesucristo vivirá al servicio de su pueblo, derramando la misericordia, fortaleciendo a los débiles, sosteniendo en la esperanza a los caídos y animándonos a vivir en una caridad solidaria. Anunciará la Palabra de Dios, celebrará el misterio pascual y se insertará en las situaciones del mundo, para iluminarlas y transformarlas con el Evangelio. Será en medio de nosotros signo vivo de Cristo Sacerdote, Cabeza y Buen Pastor, obrando en su nombre o en persona suya para prolongar su palabra, sus signos salvíficos y su acción pastoral.

Cristo lo llamó, Cristo lo eligió y hoy Cristo lo consagra, para continuar su misión.

“Como el Padre me envió, también yo los envió”. Jn. 20.21

Queridos hermanos y hermanas, ser sacerdote hoy es un reto y una gran aventura. Es estar dispuesto asumir la causa de Jesús con todas sus consecuencias. Es estar disponible para la misión que a través de la Iglesia, el Señor nos encomienda, buscando no los aplausos de este mundo, ni el prestigio, el poder o el dinero. Sino asumiendo el desafío que el Espíritu nos propone de colaborar con él en la construcción del reino de Dios. Es ayudar a que la gente se enamore de Jesucristo, y que descubran al Espíritu que habita en ellos para que se conviertan en testigos creíbles del Evangelio en medio de un mundo que se ha olvidado de Dios.

Es sentirse parte de un mismo pueblo que a pesar de sus limitaciones, debilidades y pecados camina hacia la santidad. Es vivir como María, dando un sí generoso al proyecto de Dios. Es sobre todo, ser un hombre de Esperanza, que abre puertas, con la mirada puesta en Jesús para ayudar a descubrir las maravillas que Él esta obrando en medio de su pueblo. Este

es el estilo de vida que Yamil asume hoy. Oremos por él, para que sea fiel, para que sea un verdadero sacerdote, según el corazón de Cristo.

Ahora me dirijo a ti, Yamil. En la oración inicial pedimos; *“Que en su ministerio y en su vida, busque solamente en Cristo, la gloria del Padre.”* En esta frase tienes el resumen de lo que debes vivir como sacerdote de Jesucristo. Aquí tienes marcada la ruta de tu ministerio.

Dios te ha dotado de muchas cualidades. Tú, después de pensarlo serenamente, has manifestado tú disponibilidad para poner esos dones y carismas al servicio de Dios. Por eso, al llamarte la Iglesia, has respondido con fuerte voz: *“Presente”*. En breves momentos te comprometerás públicamente a realizar el ministerio en el grado de los presbíteros, como buen colaborador del Orden episcopal, apacentando el rebaño del Señor y dejándote guiar por el Espíritu Santo. Y todo esto para buscar, como Jesús, la *“Gloria del Padre”*.

¿Qué es buscar la gloria del Padre?

Vivir como Jesucristo: consagrado totalmente al Padre, realizando la misión que hoy te encomienda, entregándole no sólo tus acciones, sino lo más importante, tu corazón.

Es tomar conciencia de que, configurado con Cristo a través del sacramento del orden, tu vida desde hoy le pertenece sólo a él. Por lo tanto, no debes reservarte nada para ti, sino donarte, entregarte totalmente, como Cristo, por la salvación del mundo, sirviendo al pueblo de Dios, en esta Iglesia particular de Caguas.

Ahora bien, para lograr esto es importante que recuerdes las palabras que San Pablo le dirigió a los presbíteros de Mileto y que hemos escuchado en la Primera Lectura; *“debes tener cuidado de ti mismo, porque si no lo tienes, difícilmente podrás cuidar como buen Pastor el rebaño que el Espíritu Santo te encarga guardar”. Hechos, 20.28.*

Esto implica mantener una vida de oración serena y costante, un diálogo honesto y sincero con tu Obispo y tus hermanos presbíteros. Una transparencia de vida que se refleje en tus acciones, un espíritu de libertad, frente a los poderes del mundo.

Recuerda que *“la gloria de Dios”* se manifiesta, sobre todo, en el servicio a las personas, especialmente a los más pobres y necesitados. Que ellos y ellas encuentren en ti, no sólo al servidor, sino al hermano y amigo que está dispuesto a ayudar.

Ten presente las Palabras del Papa Juan Pablo II, de Feliz memoria, quien al inicio de este año dedicado a la Eucaristía nos decía: *“Si la Eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia, también lo es del ministerio sacerdotal. Por eso, con ánimo agradecido a Jesucristo, nuestro Señor, reitero que la Eucaristía ‘es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella’.*

Las actividades pastorales del presbítero son múltiples. Si se piensa además en las condiciones sociales y culturales del mundo actual, es fácil entender lo sometido que está al peligro de la dispersión por el gran número de tareas diferentes. El Concilio Vaticano II ha identificado en la caridad pastoral el vínculo que da unidad a su vida y a sus actividades. ‘Ésta –añade el Concilio– brota, sobre todo, del sacrificio eucarístico que, por eso, es el centro y raíz de toda la vida del presbítero’. Se entiende, pues, lo importante que es para la vida espiritual del sacerdote, como para el bien de la Iglesia y del mundo, que ponga en práctica la recomendación conciliar de celebrar cotidianamente la Eucaristía, ‘la cual, aunque no puedan estar presentes los fieles, es ciertamente una acción de Cristo y de la Iglesia’. De este modo, el sacerdote será capaz de sobreponerse cada día a toda tensión dispersiva, encontrando en el Sacrificio eucarístico, verdadero centro de su vida y de

su ministerio, la energía espiritual necesaria para afrontar los diversos quehaceres pastorales. Cada jornada será así verdaderamente eucarística.

Del carácter central de la Eucaristía en la vida y en el ministerio de los sacerdotes, se deriva también su puesto central en la pastoral de las vocaciones sacerdotales. Ante todo, porque la plegaria por las vocaciones encuentra en ella la máxima unión con la oración de Cristo sumo y eterno Sacerdote; pero también, porque la diligencia y esmero de los sacerdotes en el ministerio eucarístico, unido a la promoción de la participación consciente, activa y fructuosa de los fieles en la Eucaristía, es un ejemplo eficaz y un incentivo a la respuesta generosa de los jóvenes a la llamada de Dios. Él se sirve a menudo del ejemplo de la caridad pastoral ferviente de un sacerdote para sembrar y desarrollar en el corazón del joven el germen de la llamada al sacerdocio”. EE# 3

Que en la Eucaristía, que de hoy en adelante podrás celebrar diariamente, encuentres siempre la fuerza para vivir con plenitud tu sacerdocio. De tal manera que cuando recibas *“la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios, consideres lo que realizas, imites lo que conmemoras y conformes tu vida con el misterio de la cruz del Señor”*.

Nunca olvides *“que este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros”. 2Cor. 4.7.* Que la Virgen María, a quién en nuestra Diócesis invocamos con el hermoso título de *“Madre de la Iglesia”*, te sostenga y te acompañe en tu vida ministerial.

“¡Alabado sea Jesucristo Resucitado, que es el mismo ayer, hoy y siempre!”

(Homilía del Padre Rubén Antonio González Medina, c.m.f., Obispo de la Diócesis de Caguas / 22 de abril de 2005)

...UN CAMINO DE FE

y vida que nos hará

PARTE DE UN MISMO PUEBLO

Formación para Laicos

Inscripción abierta primera etapa:

Centro Diocesano de Formación, Diócesis de Caguas.

Fecha de inicio: Sábado 20 de agosto de 2005 de 8 a 3 pm

Lugar: Centro San Alfonso, en el Sector Savarona, detrás del parque Solá Morales de Caguas.

Costo

\$70.00 al año

Día de clases

todos los martes
de 7 a 10 pm



Teléfono: 787-747-5885, ext. 247

Fax: 787-747-5616

Email: cdfcaguas@libertypr.net